

Pero marchaos, que está aquí vuestro padre....  
Adiós.

—Hasta luego, señora.... Rogad al cielo para que la petición de Armando sea bien acogida por su padre y el mío.

• Un momento después el señor Dubreuil, avisado por un criado de que una señora le esperaba, abrió la puerta y se encontró frente á frente con Lucía Aubré.

## XI.

El señor Dubreuil mostró al reconocer á Leona menos asombro del que ella suponía.

—Señora (la dijo, después de haberla saludado); cometéis al venir aquí una grave imprudencia, que no me atrevo á echaros en cara, pues mi carta de esta mañana es sin duda la causa.

—En efecto, me ha alarmado mucho.

—Os juro que siento tanto como vos las confidencias que hoy me veo obligado á hacer.

—Precisamente de esas confidencias he venido á hablaros..., porque no he comprendido bien vuestra intención.... ¿Qué pensáis decir al señor de Clairvaux?

—La verdad, señora, conforme os he participado en mi carta. No puedo engañar á una honrada familia que deposita en mí toda su con-



fianza.... He cumplido fielmente mis compromisos con vos, educando á vuestra hija como lo hubiera hecho con la que perdí. Su dote, que me entregasteis al partir para América, ha sido aumentado con mis cuidados, y estoy dispuesto á entregaros los intereses y el capital si así lo deseáis. Hasta aquí he guardado fielmente vuestro secreto, y esperaba poderlo respetar algunos años todavía, no creyendo que Luísa se casara tan pronto. Pero sin que yo lo haya notado, la niña se ha convertido en mujer, y me piden su mano, haciéndome conocer que mi tutela ha terminado, que debo rendir cuentas á su prometido, y enterarle de un pasado que tiene derecho á conocer.

—¡Y si ese pasado le espanta! (exclamó Lucía.) ¿Qué será del porvenir de mi hija?

—¿Y no lo sabría todo algún día, aunque yo tratase de ocultárselo? Para un matrimonio se necesitan diferentes actas, diferentes documentos, que le harían saber el secreto del nacimiento de Luísa.

—Yo he creído siempre que como mi hija había reemplazado á la vuestra, el acta civil que probaba la legitimidad de la primera serviría á la segunda.

—¡No penséis en ello! (exclamó el señor Dubreuil.) Lo que decís es una sustitución de persona, crimen previsto por el Código.... He hecho mal sin duda en hacer creer al mundo que

esa niña era mi hija; pero esta falta está muy lejos de la acción culpable de que habláis.

—¡Ay de mí! Soy madre, y no veo nada más que la felicidad de mi hija. No pienso en el mundo, ni en sus leyes, y ninguna de mis palabras debe ofenderos.... Luísa es hermosa, tiene talento y es buena. ¿Qué importa su nombre?

—Yo espero que las intenciones del señor Clairvaux sigan siendo las mismas á pesar de todo.

—No parecéis muy convencido.... Os ruego, caballero, que si hay impedimentos materiales que se opongan á que mi hija siga llamándose Luísa Dubreuil, si necesitáis absolutamente decir quién es su madre, digáis lo que soy, no lo que he sido.

La llegada de Luísa evitó afortunadamente al señor Dubreuil una difícil respuesta.

La joven se precipitó en el salón con toda la impetuosidad é irreflexión de su edad, y exclamó, dirigiéndose á su tutor:

—¡Padre mío, el señor de Clairvaux y su hijo acaban de llegar!

Pero al momento inclinó la cabeza bajo una severa mirada del señor Dubreuil, á quien esta brusca entrada y este encuentro de la madre y de la hija contrariaban vivamente.

La joven balbuceó algunas palabras de excusa, y, muy ruborizada, se dirigió hacia la pieza



próxima al salón; pero antes de salir se atrevió á mirar á su madre, que la seguía con amorosos ojos; y sonriéndola con alegría, la designó á su novio, á quien ya se veía aparecer en el jardín.

—Caballero (dijo Leona); no puedo salir en este momento, porque sería imprudente. El hijo del señor de Clairvaux me conoce, y podría verme.... Por favor, permitidme pasar á la habitación próxima á ésta, donde trataré de oír lo que va á decirse.... Pensad que de esta entrevista depende mi vida, y que sería una crueldad dejarme en la incertidumbre.

El señor Dubreuil reflexionó un instante. Después, abriendo la puerta de un gabinete que había al lado del salón, dijo á Lucía Aubré que pasara á él.

—Ojalá salga todo á medida de vuestros deseos, señora (la dijo); pero, os lo suplico, dominas, tened fuerza de voluntad. Os juro defender tan bien como vos pudierais hacerlo los intereses de vuestra hija.

## XII.

El señor de Clairvaux, después de haber hablado unos instantes con el señor Dubreuil del viaje que le había tenido algunos meses alejado de *Ville-d'Array*, abordó la cuestión del matrimonio, causa de tan diversas emociones en los diferentes personajes de este relato.

—Armando (dijo, riendo y señalando á su hijo) debe estar sobre ascuas, y de seguro que nuestra conversación sobre mi viaje le parece intempestiva en este momento. Me lanza miradas suplicantes para que cambie de asunto; así es, mi querido amigo, que os ruego me permitáis que le saque de penas, y vaya derecho al interesante motivo de mi visita.

—Por lo que me ha dicho ayer Armando (re-



plicó en seguida el señor Dubreuil), adivino vuestros proyectos, y, antes de dejaros continuar, debo aclarar un hecho que he ocultado hasta ahora, pero que tengo obligación de decir en el caso particular en que nos encontramos.... Luisa, cuya mano venís á pedir para vuestro Armando, no es mi hija.

Armando de Clairvaux no pudo contener un grito de sorpresa; pero su asombro aumentó aún cuando oyó que su padre respondía al señor Dubreuil.

—Conozco ese secreto. Uno de vuestros más antiguos amigos, que también lo era mío, el que me presentó á vos cuando compré la casa de campo próxima á la vuestra, me había confiado hace ya tiempo el misterio de que está rodeado el nacimiento de Luisa. Como veis, he sido reservado, pues á pesar de saber que mi hijo estaba enamorado de ella, nunca le he dicho nada.

—¿Y vuestras intenciones siguen siendo las mismas?

—Sin duda alguna, puesto que he venido con ese objeto.... Vuestra pupila es encantadora bajo todos conceptos.... El muchacho tiene buen gusto, á fe mía, y yo no hubiera escogido mejor si me encontrase en su edad.... En cuanto á Armando, á pesar de sus defectos, posee cualidades que sin duda habréis apreciado, mi querido

vecino. Los chicos se aman: hagámosles felices, si es que su dicha depende de nosotros.... Hubiera preferido que mi hija política se llamase Luisa Dubreuil, pues ya sabéis en cuánto estimo vuestro nombre; pero el suyo será tan honrado como el vuestro, porque, según me han dicho, esa niña es hija de una amiga de vuestra mujer, que os la confió al morir. ¿Cómo se llamaba?

El señor Dubreuil estaba visiblemente conmovido. Sentía el error en que estaba el señor de Clairvaux, y no se atrevía á responderle.

El momento era crítico, en verdad, para un hombre de conciencia tan recta y de tan excesiva delicadeza como el señor Dubreuil, que en toda su vida no había cometido más que una falta, con objeto de alejar de su mujer la terrible melancolía que la mataba y de salvar su reputación comercial. Era esta falta la de haber aceptado un cargo que algún día podía colocarle en la difícil situación en que entonces se encontraba.

Por otra parte, el señor Dubreuil no ignoraba el alcance que iban á tener sus palabras y el cambio que iban á operar en las intenciones del señor de Clairvaux, y, á pesar de su frialdad aparente, sufría ante la idea del mal que iba á hacer, de los dolores, de las penas que iba á causar.



A pesar de luchar en su alma los encontrados sentimientos del deber y del cariño y la piedad, se repetía que era necesario contestar y desengañarle.

—¡No estáis completamente enterado, señor de Clairvaux (le dijo); la madre de Luisa no era una amiga de mi mujer!

—¿Eran tal vez de la misma familia?

—No, no eran de la misma familia, ni aún siquiera se conocían.

—¿Pero vos sí la conoceríais?

—Sí...., era una mujer desgraciadísima.

—¡Ya lo creo! Morirse, siendo madre de una criatura tan pequeña como sería entonces Luisa, es una desgracia inmensa.

—Os equivocáis: no ha muerto,—dijo el señor Dubreuil, después de un momento de vacilación.

Armando y su padre se miraron asombrados.

—Entonces, es á su madre á quien debo dirigir mi petición.

—No; su consentimiento es inútil, porque no está casada.

—¡Cómo!.... ¿Luisa es una hija natural?....

—Tened en cuenta, señor de Clairvaux (replicó el señor Dubreuil, interrumpiéndole), que el mundo ignora este secreto. Á los ojos de todos, Luisa tiene una familia y nombre honrado,

y sus virtudes no pueden ser puestas en duda.... Además, no debe hacérsela responsable de las faltas de su madre.

—No; pero no os extrañaréis que desee saber qué clase de mujer era.

—No, no puede extrañarme, y es mi deber deciros la verdad, aunque me sea muy doloroso.... La mujer de quien hablamos ha llevado en otro tiempo una vida.... ligera. Se la han atribuido más amantes tal vez de los que tenía. Ya sabéis cuánto se aumentan estas cosas; se añaden generalmente ceros á las unidades.

—Tenéis razón; pero si no hubiera unidades, los ceros no tendrían ningún valor.... (observó el señor de Clairvaux). No me falta ya más que preguntaros su nombre.... Tal vez no me sea desconocido.

—Se llama Lucía Aubré.

—¡Lucía Aubré! Efectivamente, me parece.... No, no es posible.... La que yo me había imaginado, tenía, hace unos quince años próximamente, gran fama por su belleza.... Era conocida por todo París; os la enseñaban adonde quiera que fuerais, y creo recordar que la habían puesto un apodo.... ¡Sí! ¡Leona!....; esto es....; pero, perdonad, porque no puede tratarse aquí de aquella mujer, que era conocida entonces como una de las más seductoras entretenidas. Para terminar, mi querido señor Dubreuil,



decidme qué posición ocupaba en el mundo la madre de Luísa.

Después de aquella pregunta terminante, todos guardaron silencio.

Armando había palidecido al oír el nombre de Leona.

Una duda terrible había invadido su espíritu.

Comprendió que su felicidad dependía de la respuesta del señor Dubreuil, y esperó, temblando, conmovido, á que pronunciase su sentencia.

—Vuestros recuerdos no os engañan (dijo el banquero, después de haber hecho un violento esfuerzo sobre sí mismo). Aquella de quien hablamos, se llamó en otro tiempo Leona, y fué la mujer que vos conocisteis....; pero desde que nació Luísa ha expiado la pobre bien cruelmente sus faltas.

—¡Cómo! (exclamó bruscamente el señor de Clairvaux, levantándose.) ¿Pudisteis pensar que consentiría?...

\*—No he pensado nada. Vinisteis á pedirme para vuestro hijo la mano de Luísa: yo, cumpliendo con mi deber, os he dicho que no era mi hija.... Me habéis exigido el nombre de su madre, y os lo he dicho. No he hecho, pues, más que cumplir lo que mi conciencia me ordenaba: hubiera querido que Luísa fuera feliz, y creo que lo hubiera sido casándose con vuestro hijo.

—Perdonad todas mis indiscreciones (repli

có el señor de Clairvaux)... Os doy mi palabra de guardar el secreto; pero Armando deberá dejar de hacer visitas que, no habiendo dado el resultado apetecido, podrían llegar á comprometernos.... Creo que pensaréis lo mismo que yo, mi querido señor Dubreuil.

Este se inclinó, mientras el señor de Clairvaux, dirigiéndose á su hijo, que guardaba un doloroso silencio:

—Venid, Armando,—le dijo.

El joven no respondió; pero su padre, cogiéndole del brazo, se dirigió hacia la puerta.

Al volverse para saludar al señor Dubreuil, los ecos de una voz dulce y sonora llegaron hasta ellos. Era Luísa, que esperaba en su cuarto, y quería hacer ver á su prometido que pensaba en él, cantando la romanza que más le gustaba. ¡Qué lejos estaba la pobre niña de creer que toda su felicidad se había destruído!

En la disposición de ánimo en que se encontraba Armando, aquella canción le impresionó profundamente. Se detuvo para escuchar; después su energía ficticia le abandonó; sus nervios se dilataron, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su padre quiso arrancarle de allí; pero él se resistió.

—¡Por favor, dejadme un momento!... (exclamó.) ¡Tal vez sea la última vez que me es permitido escucharla!



Ligero y alegre al principio el canto de Luisa, se hizo repentinamente triste. Hubiera podido creerse que participaba de las agonías de Armando, y que quería expresarlas en su canción. Después sus acentos se hicieron menos perceptibles, y su voz se extinguió.

El señor de Clairvaux se disponía á salir, cuando Leona apareció repentinamente.

## XIII.

Lucía Aubré, escondida desde hacía una hora en el próximo gabinete, sufriendo todas las emociones que aquella escena debía producirla, había pensado que ya no tenía ningún miramiento que guardar, y que podía sin imprudencia hacer el último esfuerzo por salvar á su hija.

Entonces levantó las colgaduras detrás de las que se ocultaba, y se lanzó al salón donde estaban Armando, su padre y el señor Dubreuil.

—¡Pero mi Luisa morirá! (exclamó con voz desgarradora.) ¡Por favor, deteneos, señores: escuchadme!... ¿Tenéis derecho para doblegaros así á las conveniencias sociales cuando se trata de la felicidad..., de la vida de una criatura de Dios?... La pobre niña ama con toda la fuerza de su primer amor, con un corazón ardiente y